

COMIENZOS DEL MCYM

ELSA CONTRERAS RELATÓ EN VIVO POR
FM MIDE 107.1 LAS FLORES
"CRUZADA A LA PATAGONIA"



ENTREVISTA DEL PASTOR
CARLOS CABRERA

Entrevista a Elsa Contreras, misionera de la llamada “Cruzada a la Patagonia”

Transcripción escrita de una entrevista que nuestro pastor Carlos Cabrera le realizó en el año 2001 a la misionera Elsa Contreras, pionera del Movimiento Cristiano y Misionero, quien estando encendida por el fuego de Dios llevó con fervor y valentía el mensaje de Salvación de Jesús, realizando de esta manera la obra misionera en la Patagonia Argentina y en el sur de Chile junto con su hermana y otras jóvenes mencionadas, dando comienzos a las primeras obras del Movimiento Cristiano y Misionero.

(En letras negras, se encuentran las palabras de nuestro pastor Carlos Cabrera, en letras rojas las palabras de la misionera Elsa Contreras).

- Carlos Cabrera: ¿Cómo fueron aquellos inicios?, ¿cómo empezó todo?

- Elsa Contreras: Maravillosos, con la guía y la bendición de Dios.

- Carlos Cabrera: Hay una historia fascinante en cuanto al arrojo, valentía, fe, porque ustedes eran dos mujeres que tuvieron que viajar aquel viaje llamado “Cruzada a la Patagonia”, ¿cómo fue eso?, ¿desde dónde salieron?

- Elsa Contreras: Salimos desde Villa La Perla (Temperley), viajando a la capital. A principios de enero de 1957 nos dirigimos en tren desde Plaza Constitución, hasta Viedma (Río Negro).

- Carlos Cabrera: Una vez que llegaron a Viedma, ¿Cómo fue el recorrido hacia adelante, es decir, hacia el sur?

- Elsa Contreras: Luego de permanecer una semana en la ciudad de Viedma, donde junto al río teníamos momentos muy especiales de lectura de la Palabra de Dios y de oración, nos movilizamos en el pueblo testificando, llegando también hasta la cárcel y mirando a Dios por la provisión. Nosotros contábamos con escasos recursos que nos permitieron llegar hasta Viedma. Desde ahí en adelante contábamos con la provisión del Señor para la continuación del viaje.

- Carlos Cabrera: ¿El destino del viaje cuál sería?

- Elsa Contreras: Era Puerto San Julián, de la provincia de Santa Cruz

- Carlos Cabrera: Una distancia muy lejos, más en aquellos tiempos.

- Elsa Contreras: Una distancia enorme, en una ruta desolada, de puro pedregales, completamente aislada, pero la mano de Dios se magnificó en la forma de la continuación del viaje.

- Carlos Cabrera: ¿Quién fue su compañera del viaje misionero?

- Elsa Contreras: Fue mi hermana Olinda, ella contaba con unos tres años más que yo, de manera que juntas mirábamos al Señor, y fue de esa forma como Dios nos proveyó para continuar el viaje, no más en tren, sino en camión.

- Carlos Cabrera: Ustedes estaban cumpliendo con los principios Bíblicos establecidos por Jesús en el Evangelio, quién dijo que no lleven nada para el camino, ni dinero, etc. Así que ustedes fueron en un viaje de fe, confiando en la provisión de Dios.

- Elsa Contreras: Exactamente, era una dependencia de la provisión de Dios tan grande, porque pensamos que el Dios que nos estaba enviando a tierras desconocidas, saliendo de la provincia de Buenos Aires, así como Él puso en nosotros ese deseo y esa fuerza para salir, teníamos fe que Él iba a proveer. ¡Y Dios lo hizo así!

- Carlos Cabrera: ¿Cómo fue el viaje de Viedma hacia adelante, hacia el sur, rumbo al Puerto San Julián, en la Patagonia, en qué se movilizaron?

- Elsa Contreras: Luego de estar una semana en Viedma, Río Negro, orábamos a Dios: “Señor, ¿cómo vamos a continuar el viaje?” Y sucedió una de esas cosas que Dios presenta oportunamente, habían camiones que salían hacia Comodoro Rivadavia, Puerto San Julián, que hacían una travesía. Entonces hablando con los choferes, ellos dijeron: “*nosotros estamos para salir dentro de pocos minutos, si ustedes se animan a viajar, nosotros vamos a salir en seguida, pueden ir con nosotros*”. Eran dos camiones, querían ubicarnos a una en cada camión, pero mi hermana como mayor dijo “*no, nosotras vamos las dos en un solo camión*”, y ellos aceptaron, de manera que el viaje comenzó y aquellos hombres no podían entender cómo dos señoritas podían arriesgarse a salir y hacer un viaje a tierras desconocidas sin saber que nos iba a deparar el futuro y ellos trataban de convencernos para que regresáramos a Buenos Aires y aún trataban de amedrentarnos pensando que nos podía acontecer cualquier cosa triste.

- Carlos Cabrera: Me imagino, porque siendo dos mujeres haciendo dedo en la ruta, a los camioneros, que sin duda como hombres del mundo y sin Dios, al ver dos señoritas como ustedes, estarían con otros pensamientos, y eso hacía que corrieran riesgo o peligro. ¿Tuvieron momentos difíciles en cuanto a pasarla mal en este aspecto?

- Elsa Contreras: La mano de Dios rodeándonos fue tan grande que en ningún momento se produjo algo malo, ni siquiera se nos encimaron, nos respetaron. Dios puso en medio de esos camioneros a un muchacho joven que tenía a su abuelita en Canadá, la cual era creyente, él tenía en su corazón una reserva, seguramente el consejo y las instrucciones de su abuela, que le enseñó la Palabra de Dios. Se comportó como un hermano, y aún hizo entender a sus compañeros que nosotras estábamos en una misión muy noble y que merecíamos el respeto de todos.

- Carlos Cabrera: La misión de ustedes era alcanzar vidas perdidas, como era el caso en aquel tiempo, de quien hoy es su esposo, ahora transformado por Dios. La meta era entonces llevar el Evangelio transformador, creyendo que tiene el poder de cambiar las vidas.

- Elsa Contreras: Exactamente, era tan grande lo que Dios había prendido en nuestros corazones que no había otro pensamiento sino trabajar para el Señor, hablarle a la gente, aprovechar todas las oportunidades, y la verdad que la gente fue muy receptiva en cada lugar, tanto que nos asombraba, nadie nos dejaba parar en la puerta, nos hacían pasar dentro, como si nos hubieran conocido siempre.

Cuando nosotras llegamos a Puerto San Julián, que es el lugar que actuó como un cuartel, donde nos reuníamos y nos movilizábamos, nuestra compañera que nos había animado y nos había sido de mucha bendición a nosotros en cuanto a ese viaje, planeó un viaje a los pueblos cercanos, en primer lugar nos dirigimos a Puerto Santa Cruz, un pueblo pequeño. La forma de movernos era yendo primeramente a las autoridades, testificándoles, hablándoles del Señor, del Plan de Salvación, y haciéndoles saber cuál era el propósito de nuestra visita en ese lugar, de manera que cuando nosotras fuimos a la Policía y luego a la intendencia, tuvimos una sorpresa tan grata, porque al identificarnos, de pronto descubrimos que el intendente había sido un creyente que había seguido al Señor por años, pero luego de algunos cambios, traslados y trabajos, al casarse se fue alejando de Dios, pero al oír nuestro testimonio, nuestro trabajo y de cómo empezábamos (comenzando desde San Julián y sus alrededores y yendo hacia el Sur), él quedó impactado y nos dijo que era maravillosa la decisión y la valentía nuestra, siendo que él no había tenido la entereza de haber permanecido en el camino del Señor por haber escogido mal en su vida, y nos animaba a nosotras a seguir.

Por fin, después de haber conversado con él, nos preguntó: “¿pero, ustedes cuántos días van a estar aquí?”, a lo que respondimos “pensamos estar varios días para poder alcanzar, testificando casa por casa, hablando de este mensaje poderoso del Evangelio”, “¿bueno, a donde se hospedan?”, preguntó él. Y ahí vino la parte más hermosa donde nosotros vimos la mano de Dios y su fidelidad, ya que al llegar a Santa Cruz buscamos que con los escasos recursos que teníamos, poder pagar la pensión más económica, que por cierto no era de buena reputación. Pero cuando el intendente nos escuchó decir que estábamos parando en esa pensión, nos dijo que ese lugar no era digno para nosotras, a lo que respondimos: “*confiamos en que Dios nos va a llevar y proveer*”, él replicó: “*si a ustedes no les parece mal, de hoy en adelante, ustedes van a ser mis invitadas de honor y se van a cambiar al Hotel de la ciudad donde yo estoy hospedado, y allí ustedes sin preocupación van a usar los días necesarios para que hagan su labor*”.

De manera que nos llevó a ese hotel en donde éramos atendidas como reinas, tanto para el descanso como la comida, y luego, por las noches cuando habíamos terminado el trabajo nos reuníamos en una habitación, cantábamos y orábamos al Señor, y ese hombre tuvo una visitación de Dios, no sabemos qué sucedió, pero mientras que nosotros estuvimos allí él pudo

demostrarnos su interés y su alegría al saber nuestro trabajo, y nos dio dinero para continuar viajando en avión.

El trabajo se desarrollaba de una manera sencilla, pero nosotras sentíamos un fuego en el corazón y a veces debajo del árbol o a la puerta de la calle nos poníamos y abríamos una lección ilustrada de escuela dominical y de pronto estábamos rodeados de niños. En una ocasión, mientras estábamos en una puerta hablando del Señor, sale un hombre y dijo *“¿por qué están en la calle?, yo les invito a pasar a mi casa”*, y resultó ser un hombre que estuvo muy cerca de llegar a ser un sacerdote católico, entonces al abrirnos las puertas de su casa, entraron los niños y hablamos del Señor.

Experiencias como esas, llegando a cada caso, fueron maravillosas.

Luego de eso, estuvimos quince días en la provincia de Santa Cruz, nos dirigimos a la ciudad siguiente, llamada “Piedrabuena”. Era un lugar muy pequeño, contaba con una calle principal junto al río. Luego de orar y encomendarnos en las manos del Señor, fuimos a la Policía, y a la Intendencia. Dios nos había bendecido en el encuentro con el intendente en Santa Cruz, *“claro”*, pensamos, *“Dios nos bendijo así, vamos a ver qué se presenta aquí”*, pero de pronto encontramos que el intendente de la ciudad de Piedrabuena era un hombre sumamente necesitado, estaba deprimido, tenía a su esposa en una condición casi fuera de sí, estaba tan necesitado que le entregamos el mensaje del Señor, seguramente habrá dado resultado, nosotros no le vimos más, pero comenzamos así a testificar, y partiendo desde una punta de la ciudad encontramos a una mujer en una situación económica muy humilde, muy precaria, luego de hablarle del Señor, se interesó y dijo *“¿ustedes van a estar muchos días?”*, *“sí, nosotros pensamos usar varios días para hablarle a la gente del Señor, del amor de Dios”*, respondimos. *“¿Y dónde se hospedan?”*, nos preguntó, *“nosotros venimos confiadas que Dios nos va a proveer el lugar, no contamos con recursos, no estamos en una pensión determinada”*, entonces ella nos mira y dice, *“si ustedes no se ofenden y se dignan a entrar en mi casa y hospedarse aquí, como ustedes ven, no tengo mucho, pero les ofrezco lo que tengo”*, y con esa mujer en su casa estuvimos varios días mientras realizamos el trabajo.

Mientras testificamos tuvimos contactos muy buenos. La gente recibía y oía, era verdaderamente una siembra esperanzada en que Dios iba a fecundar esa semilla que estábamos sembrando.

Luego en otra ocasión posterior, Dios había obrado y había nuevos contactos, y esa mujer que nos recibió con los brazos abiertos y nos dio posada en su casa, tuvimos la sorpresa de ver que Dios la había prosperado, ella ahora tenía muebles, su casa había hermoheado, los recursos de Dios se habían soltado por causa de haber abierto las puertas a las siervas del Señor, Dios bendijo y prosperó su hogar.

- Carlos Cabrera: Se cumplió entonces lo que dijo Jesús en el evangelio, que cualquiera que diera un vaso de agua a alguien que está predicando el mensaje de Dios, recibirá recompensa.

- Elsa Contreras: Por cierto, lo palpamos una y otra vez.

- Carlos Cabrera: Maravilloso es este relato, de las experiencias vividas por la fe, confiadas en la provisión de Dios, reiteramos esto: eran mujeres, no eran hombres, sino mujeres que se lanzaron en una aventura hacia el sur de nuestro país, bien entradas en la Patagonia, llegando al límite con Chile.

Después vamos a saber más de esta historia, de la obra también en el país vecino, donde ella conoció a quien hoy es su esposo, pero tenemos en claro esto: que todo consistía en ver vidas transformadas, ver vidas alcanzadas por el poder de Dios y sacadas de las mismas tinieblas del mal, a la luz bendita de Jesús.

¿Podría mencionar algunos otros nombres de los integrantes del equipo de los que fueron a la Patagonia en aquel tiempo?

- Elsa Contreras: A nosotras nos antecedió un grupo que vino primero y se instaló en Puerto San Julián. Cuando nosotras llegamos en enero de 1957, había tres compañeras trabajando ya en esa zona, atendiendo cultos con gente convertida, mientras que más al sur, en Río Gallegos, había también un matrimonio.

- Carlos Cabrera: ¿Recuerda sus nombres?

- Elsa Contreras: Sí, en Puerto San Julián se encontraba la hermana Sara Anderson, quien hacía de “punta” en esta ocasión, también estaban las hermanas Elsa Ortiz y Catalina Laguardia. Y en Río Gallegos se encontraba el hermano Rubén Ortiz, quien hoy ya está en la presencia del Señor junto con su esposa y su hijo.

- Carlos Cabrera: ¡Qué nombres! Para los que conocemos un poco de la historia del evangelio en nuestro país, realmente nos conmueve escucharlos así.

- Elsa Contreras: En puerto deseado, un lugar también de la provincia de Santa Cruz en la costa, estuvo un matrimonio, a donde más tarde nosotros fuimos a tomar la obra, en un local edificado sobre las mismas piedras, en la ciudad de Puerto Deseado. También había una anciana que había brindado su casa, a donde nosotros fuimos para tomar los cultos allí, tuvimos experiencias muy preciosas, tanto en el trabajo de evangelizar, como también en el trabajo y el cuidado del Señor. Nosotros contábamos con un dormitorio, una cocina, y el saloncito de culto, al principio no teníamos muchas cosas, ni la vestimenta adecuada debido al frío existente por la nieve del invierno, pero allí vimos cómo Dios tenía cuidado de nosotros, las primeras semanas debíamos dormir solo con las frazadas, no había sabanas hasta que Dios nos proveyó, así mismo la comida muchas veces estábamos con una papita, una cebollita, ni siquiera una olla, pero vimos cómo una y otra vez golpeaban a la puerta y traían la comida en una fuente preparada, otras veces nos llevaban a sus hogares para invitarnos a comer, Dios nos cuidaba en todas maneras.

- Carlos Cabrera: El obrero es digno de su salario, dijo Jesús.

- Elsa Contreras: ¡Amén, amén! Así realmente lo experimentamos.

- Carlos Cabrera: Estaban viviendo los escritos Bíblicos, porque Jesús dijo que en cualquier casa donde entren, coman lo que les pongan delante, sanen a los enfermos, digan paz a esta casa, y que el Reino de los Cielos sea establecido.

- Elsa Contreras: Era muy lindo ver de repente la obra del Señor entre los niños, entre jóvenes, vidas que se convertían, algunos esclavizados en el vicio, en el alcohol, viendo como la mano del Señor los rodeaba, algunos hogares destruidos, sumidos en pobreza, y ver luego la bendición de Dios.

- Carlos Cabrera: Pensar que en esos lugares en que ustedes recorrieron cuando no había nada, hoy existen iglesias establecidas en algunos casos como el de Río Gallegos, una iglesia enormemente grande.

- Elsa Contreras: Es asombroso viajar hoy día y ver que en todos los lugares de la costa, en el interior, en la precordillera, hay templos. Hay un Pueblo del Señor que alaba y que bendice al Señor, la obra se ha extendido en proporciones asombrosas.

- Carlos Cabrera: ¿Ya existía el Movimiento Cristiano y Misionero como denominación?, ¿O estaba recién en los preparativos?

- Elsa Contreras: En realidad, Dios nos había tomado de diferentes lugares con la experiencia gloriosa de Salvación, de un llamamiento.

- Carlos Cabrera: O sea que para ustedes en ese tiempo no existía la organización, o denominación.

- Elsa Contreras: No, algunos nos preguntaban: “¿bueno y ustedes a qué iglesia pertenecen?”, a lo que respondíamos: “nosotros somos de Cristo, somos la iglesia evangélica, estamos predicando el evangelio”.

No había un nombre para presentar, para identificarnos, solo era el testimonio viviente de quienes tenían una experiencia con Dios y estábamos compartiendo el mensaje de evangelio.

- Carlos Cabrera: O sea que nosotros en esta oportunidad estamos hablando acerca de un tiempo cuando todavía no existía la denominación como Movimiento Cristiano y Misionero, que fue después la necesidad de organizarla, pero en aquel tiempo era puro fuego de Dios, amor a las almas, llevar el mensaje del evangelio.

- Elsa Contreras: Exactamente, exactamente.

- Carlos Cabrera: ¿Recuerda otros de los nombres de quienes estaban uniéndose al grupo que después iban a formar el Movimiento Cristiano y Misionero?

- Elsa Contreras: Dios fue añadiendo algunas personas de los lugares, por ejemplo, de Puerto Deseado, cuando nosotras hicimos un viaje a Río Gallegos, con mira de entrar a Chile, dos jóvenes fueron añadidas al grupo, de Santa Cruz, del lugar de Puerto Deseado, que con un

ardor en sus corazones manifestaron su deseo de servir a Dios. Dios las había incentivado, así que se unieron al grupo. Sus nombres eran Dolores Vera, y Orieta Miranda.

- Carlos Cabrera: ¿Ya estaba Amelia Cejas, hoy de Busatto?

- Elsa Contreras: La hermana Amelia Cejas llegó a la Patagonia en el año 1958, al año siguiente a nosotras.

- Carlos Cabrera: ¿Otros nombres, por ejemplo, Celsio Contreras, Hugo Contreras, Samuel Sórensen, qué era de ellos en ese tiempo?

- Elsa Contreras: El primer año que nosotras fuimos fue algo muy maravilloso porque estábamos viajando, como dije anteriormente, nosotras dos como hermanas, y habían orado por nosotros los hermanos Celsio Contreras, pastor en la Villa La Perla (Temperley), nos había encomendado al Señor. Nosotras salimos de allí, y ellos estaban para hacer el viaje a La Patagonia también. Cuando nosotras viajamos en camión y llegamos hasta Comodoro Rivadavia, fue asombroso encontrarnos con ellos que venían viajando en colectivo, ellos se dirigían a la ciudad de Punta Arenas, en Chile, por lo cual, cuando nosotras llegamos a San Julián como lugar de destino, ellos continuaron el viaje para Río Gallegos y de allí pasaron a Punta Arenas (Chile).

- Carlos Cabrera: Estamos hablando de nuestros pastores, el hermano Celsio y su esposa Margarita, la canadiense, recién casados.

- Elsa Contreras: Recién casados, así es, y Dios hizo con ellos una obra muy grande, muy precisa. Con el tiempo fue viniendo el hermano Samuel Sórensen, él tiene un lugar primordial en la obra del Movimiento Cristiano y Misionero. Samuel viajó con otros pastores, como el hermano Hugo Contreras, hermano nuestro de sangre, el cual fue el primero en viajar junto con el hermano Donald Spyer, un misionero norteamericano, ellos nos habían antecedido en el año 1956, habían entrado a la Patagonia, y los lugares que nosotros pisamos ya los habían pisado ellos primero, explorando la tierra de la Patagonia.

- Carlos Cabrera: Fue un llamado a la Patagonia, fue como que la mirada de Dios estaba puesta en la Patagonia, ¿no?

- Elsa Contreras: Exclusivamente, maravilloso.

- Carlos Cabrera: No por algo está todo lo que hoy existe allí, ¿no?, en cuanto a obras tan grandes como la de Comodoro Rivadavia, y otras hermosas congregaciones.

- Elsa Contreras: Claro, claro, numerosas.

- Carlos Cabrera: Tremendo, ya vamos llegando a la parte cuando ustedes fueron a donde están hoy, Puerto Natales.

- Elsa Contreras: Bien, en el mes de septiembre del año 1957, estando nosotras establecidas temporalmente en Puerto Deseado y también viajando un poco en San Julián, nos dispusimos

todo un grupo a viajar a Río Gallegos con la mira de entrar a Chile. Fue así que todo el grupo y el pastor mencionado antes, que era el evangelista en el grupo, el hermano Rubén Ortiz, viajamos a la ciudad de Punta Arenas, en Chile, donde estuvimos por espacio de una semana. Fue una especie de campaña pero en una iglesia que se nos abrió, y Dios hizo maravillas y despertó muchos corazones, vimos la mano del Señor, el ejército de salvación se abrió para hospedarnos siendo muy cálidos y Dios estaba obrando hasta que alguien apareció en aquella campaña pidiendo que por favor pasamos a visitar Puerto Natales la cual se encontraba muy necesitado y había escasez del evangelio, de manera que allí en Punta Arenas, luego de esos días de cultos especiales, si o si nos debimos separar, cosa que a mí personalmente me costó mucho separarme de la hermana Olinda. Por lo cual regresamos tres personas a Río Gallegos y el resto del grupo viajaron aproximadamente 254 km con el evangelista a la ciudad de Puerto Natales. Desconocíamos lo que Dios iba a hacer en ese lugar, y en un teatro viejo se desarrolló una campaña exitosa, maravillosa: Dios usó a este hombre, el hermano Ortiz, de tal manera que había gente que estaba agonizando, a punto de morir, Dios les sanó, Dios salvó, transformó vidas, y salvó aún entre ellos a un niño, que hoy ya es un hombre de Dios en la ciudad de Río Gallegos, el pastor Bolívar Santo que en aquel entonces era solo un niño de 11 años. Eso revolucionó toda la ciudad, y hubo una cosecha maravillosa de almas. Luego de eso, el evangelista regresó y quedaron allí tres hermanas, entre ellas mi hermana Olinda junto con la hermana Sara Anderson, pastoreando esa iglesia reciente donde se disponen a construir, a traer la madera del bosque, y así edificaron un templo sencillo, donde tantas almas conocieron al Señor. También se inicia un trabajo en la cárcel de la ciudad, Dios hizo maravillas, convierte hombres, los transforma, algunos estaban sentenciados a una larga condena, Dios los libró y los sacó a libertad con vidas transformadas.

La ciudad de Puerto Natales se caracterizaba por el vicio terrible del licor, pese a que habían buenos trabajos y muchos dependían de las minas “El Turbio” y ganaban un buen salario, hogares enteros derrochaban ese dinero en la taberna, pero Dios comenzó a obrar, comenzó a transformar vidas, a salvar, de manera que el evangelio comenzaba a levantar vidas, y era un testimonio conocido por todos los lugares.

La obra tomó fuerza, tomó madurez y comenzó a expandirse traspasando las fronteras nuevamente a Río Turbios donde en aquel lugar de mineros, en su mayoría hombres, la Palabra del Señor corría y era glorificada.

Para entonces ya había llegado la hermana Amelia Cejas que en compañía de la hermana Olinda, valientemente entraba a esa zona carbonífera donde la gente miraba con ojos maliciosos a dos mujeres predicando solas entre medio de muchos hombres. Muchas veces entramos allí a lo que llamaban “colectivos” donde ellos estaban y dormían, con el objetivo de hablar la Palabra del Señor.

Esos hombres se convirtieron con todo su ser al Señor, no había un lugar adentro donde ellos pudieran orar. Estaban aprendiendo a hacerlo, de manera que salían a las afueras y para arrodillarse utilizaban ladrillos sobre la nieve y allí el grupo de hombres clamaba.

Muchas veces la policía se acercó a ver que sucedía misteriosamente en esos grupos y

quedaban espantados al ver que se oía solo un clamor y gemido de esa gente redimida, cambiada, transformada, bautizada, llenos del Espíritu Santo, los cuales se transformaron muchos de ellos en diaconos y colaboradores de la obra de Puerto Natales. Maravillosa la obra del Señor.

Luego, mientras yo permanecía en San Julián y en Puerto Deseado, estando ya establecido nuevamente el pastor Hugo Contreras y su familia en la ciudad de Puerto Deseado, de pronto Dios comenzó a inquietar mi corazón: yo hice una previa visita en invierno a Puerto Natales y no puedo decir que era entusiasmo, pero algo se prendió en mi corazón sobre aquella ciudad. Más tarde Dios me da un texto que me invita a que estaría cerca de las montañas. Puerto Natales es un pueblito pequeño pero está rodeado de mar y de montañas y en este texto que Dios me da en mi corazón de los profetas menores en la Biblia, me da a entender que Él está reclamando mi vida y mi tiempo para ir y apacentar a un rebaño en aquel lugar situado detrás de la montaña. Unido a eso Dios me da otras escrituras que me indicaron que debía determinar una cosa y que debe ser firme y que sobre mis caminos va a resplandecer luz, que Dios será mi defensa, que yo voy a orar a Él y Él me va a oír y Él me va a proveer en abundancia todos mis recursos.

Y eso comenzó a hacerse muy grande en mi corazón, por lo que decidí decirle a mi hermano Hugo (el pastor de Puerto Deseado), que yo me voy a ir a Puerto Natales, que ese es mi lugar, no sé cuánto tiempo, pero yo quiero ir.

De manera que por primera vez viajé en un bus desde Puerto Deseado hasta Río Gallegos, en un viaje completamente nuevo para mí, ya había hecho el primer viaje por avión, otra cosa que era primera experiencia. Por lo cual, llegando a Río Gallegos como destino de aquel viaje por mar, crucé la frontera y algo muy singular me sucede en la frontera: la hermana Sara Anderson, una mujer de iniciativa, de fé, me había regalado un acordeón, yo tenía muy poquito conocimiento de la música, y comencé a tratar de practicar y sacar los cánticos, así que ya para ese entonces algo podía hacer con el acordeón y lo llevaba conmigo. Entonces en la frontera los gendarmes me preguntaron “*señora, ¿qué es lo que tiene ahí?*”, entonces yo dije “*es un acordeón*”, y me dicen “*¿usted sabe tocar el acordeón?*”, y yo digo “*claro, ¿quiere que le haga una demostración?*”, y saqué aquel acordeón del estuche y comencé a tocar uno de aquellos coros que llenaban todos los lugares del Señor en aquellos tiempos. Luego de tocar esa canción y cantar algo, me dijeron “*está bien, está bien, guarde el acordeón*”, así que pasé a Puerto Natales en donde me quedé un tiempo largo y comencé a servir al Señor en ese nuevo lugar, sentía que Dios estaba haciendo algo en mi corazón, pero no sabía cuánto tiempo estaría allí.

En aquel período conocí a Pedro Ojeda, mi esposo. No tenía mucha referencia de su testimonio, solamente una carta de mi hermana Olinda que había recibido estando en San Julián. Me mostraba y me decía “*cruzamos la península, la foto que tú ves, allí están los convertidos*” estaba el pastor Bolivar Santos, que hoy ocupa su lugar amplio en la ciudad de Río Gallegos, para aquel entonces sólo era un niño de 12 años, él se había bautizado. El misionero Donald Spiers también había bautizado a Pedro Ojeda, quien es hoy mi esposo, y a otros

pastores, como el pastor Rodomiro Velazquez, a quien el Señor había tomado para su obra en un llamamiento para ir a ocupar un lugar en la Isla de Chiloé (Chile). Y ella me señala con una flecha: *“ese hombre que está ahí, el que señaló, el es Pedro Ojeda, convertido y sacado del pecado, Dios ha hecho una gran obra”*. Más tarde le conocí en Río Gallegos, cuando teníamos un encuentro, y esas cosas que Dios hace, en el año 1960, Dios nos une en matrimonio en Río Gallegos.

Para ese entonces abandoné Puerto Natales, estando la hermana Amelia y la hermana Olinda en ese lugar como pastoras y misioneras, en la ciudad de Río Gallegos contrajimos enlace.

Ese año fue de muchos eventos marcados en la historia. Se celebró la primera convención en el sur, teniendo la visita grande, influyente, del pastor Samuel Sórensen, a quien tanto amábamos, respetábamos y teníamos tantos ejemplos que tomar. También estaban el misionero Jorge Vichi, el hermano Hugo Contreras, más otros visitantes que habían venido. Esa convención fue célebre, porque las palabras que Dios pronunció proféticamente, que en ese entonces parecían tan lejanas a llegar a ver un futuro próspero, bendecido, amplio tanto en lo espiritual como en lo material, hoy en día lo palpamos tal cual Dios lo predijo en aquel tiempo. De manera que en uno de esos días, entre preparativos para una boda y primera convención, en una mañana muy muy gloriosa, inolvidable, estando en oración vino el Espíritu de Dios y sobre aquel siervo insigne, pastor Samuel Sórensen, Dios trajo el nombre que había de identificar a esta gran familia allí en el sur, era abril del año 1960, el nombre “Movimiento Cristiano Misionero”.

- Carlos Cabrera: Vino como una palabra profética, una revelación de Dios.

- Elsa Contreras: Exactamente, y todos teníamos una paz que nos invadía, ese era el testimonio.

- Carlos Cabrera: ¡Amén! Así se va a llamar, Movimiento Cristiano y Misionero!

- Elsa Contreras: Exactamente. De modo que pasadas todas estas cosas gloriosas, ahora nosotros en un nuevo estado de vida, otra vez despegada del lado de Olinda, ya ahora con mi esposo nos dirigimos a la ciudad de San Julián nuevamente y pastoreamos un año aquella congregación. Para entonces yo ya estaba esperando mi primer hijo. Teníamos en nuestro corazón la convicción de que no estaríamos más tiempo, Dios levantó allí en San Julián a un hombre que colaboraba, un hombre que ya tenía entendimiento en la Palabra del Señor y él quedó a cargo de la congregación.

Mi hijo nació en Bolívar, donde yo también nací, de modo que después de algunos días viajamos hasta Chile, nuevamente a Puerto Natales porque se iba a celebrar la primera convención. Grande fue la sorpresa cuando en el corazón de muchos comenzaron a percibir que Dios tenía una labor definida para nosotros. Mi esposo tenía un anticipo ya acerca de la obra pero no había dicho nada, yo tenía un gran susto porque para entonces la congregación de Puerto Natales era una congregación crecida en número, también con testimonios muy grandes y con cierta altura, de manera que eso me espantaba.

Para ese entonces se celebraba la inauguración de un local precario en la ciudad de Río Turbio,

donde ya había también un número lindo de hermanos en la fé, así que esos días eran decisivos y Dios confirmó que nosotros debíamos tomar la obra en Puerto Natales. Las misioneras y pastoras, la hermana Olinda, la hermana Amelia (quienes estaban a cargo) habrían de moverse a otros lugares, y con mucho temblor tomamos ese lugar sin saber por cuánto tiempo, porque así es el camino y los propósitos del Señor. No estamos previendo con tiempo cómo van a ser las cosas, siempre dando prioridad a la voluntad de Dios, la cual nos bendijo y nos ha traído hasta el presente.

Los años han transcurrido, nosotros nos casamos en 1960, hoy estamos en el 2001, y durante todos estos años han venido a nuestro camino experiencias variadas: algunos embates demasiado fuertes como para intentar socavar nuestro cimiento, pero bendito sea el nombre del Señor, que lo que es de Dios permanece, el fuego no se extinguió de nuestros corazones, la fé y la visión de seguir predicando allí estuvo aún en la adversidad, han habido momentos gratos, hermosos, momentos espirituales difíciles, conflictos, también en la salud, pero damos gracias a Dios por una congregación que ha crecido en la experiencia de pastorear aquella iglesia, un templo lo perdimos por la documentación, se construyó el segundo, el incendio lo arrasó, y estamos en el tercero y Dios ha bendecido. De la ciudad de Puerto Natales han salido muchos obreros para el servicio del Señor en diferentes lugares, y allí estamos con la mira puesta en el Señor por lo que Él hará en la nación. Entendemos que nuestro tiempo en aquella ciudad, en aquel país continúa, Dios nos ha unido, esa fé, esa dependencia, esa confianza en Dios sustenta nuestros corazones y miramos al Señor, hemos visto en el ministerio de tantos años testimonios poderosos de lo que Dios ha hecho y Él sigue obrando, por lo cual bendecimos a Dios.

A continuación adjuntamos la transcripción de un documento con los nombres que corresponden a la historia del Movimiento Cristiano y Misionero desde sus comienzos en el extremo sur de la Patagonia (Argentina), entrando al vecino país Chile. Fue enviado por la hermana Elsa Contreras desde su residencia actual en Puerto Natales (Chile).

Pioneros - Patagonia

- Fines 1956: Hugo Contreras - Donald Spiers

Seguido: Sara Anderson - Elsa Ortiz - Margarita Gimenez y otra joven. (Estas dos últimas hermanas regresaron desde Viedma). Un grupo se adelantó a Comodoro Rivadavia pero de allí regresaron.

- Enero 1957: Olinda y Elsa Contreras (desde Buenos Aires) llegan a Viedma - Río Negro (en tren y luego en camión, hasta Comodoro Rivadavia con oportuna provisión en colectivo hacia San Julián. Al abordarlo tienen un feliz encuentro con Margarita y Celsio Contreras (quienes se

dirigen a Punta Arenas - Chile). Olinda y Elsa quedaron en San Julián, teniendo un emotivo encuentro con Sara Anderson, Elsa Ortiz y Catalina La Guardia. Rubén Ortiz (evangelista, esposa e hijo ya en Río Gallegos). Pasó el invierno y en septiembre cruzamos la frontera, llegando a Punta Arenas. (Matrimonio Contreras ya había regresado). Luego de una campaña allí, tres de nosotros volvimos a Río Gallegos, el resto entró a Puerto Natales. Olinda y Sara Anderson se quedaron allí, el resto regresó. Luego viajaron a Río Gallegos, Amelia Cejas quien fue compañera junto con Olinda por un buen tiempo.

Sara Anderson se trasladó a Corrientes, en donde ya habían surgido tres nuevas obreras.

- Año 1960: Primera Convención Patagónica en familia. MCyM con la presencia de Hno. Samuel Sórensen, Jorge Veach, Hugo Contreras. Más tarde llega hermano Roberto Alonso de Pocitos (Salta).